

CATALINA
SUÁREZ

Y JORGE
SUÁREZ

PODEÍS IR EN PAZ

EL DESAFÍO DE
RECONCILIACIÓN
DE TODO UN PAÍS

¿Te gusta leer? Únete a nuestras comunidades de lectores en redes sociales:



@Planetadelibroscosco



@Planetalibroscosco



Y uno para quienes disfrutan del ensayo, la crónica y lo mejor de la literatura:



@leeresmiplan



Regístrate aquí

Únete a nuestra comunidad de lectores, encuentra contenido exclusivo y comparte tus libros favoritos.



Planeta de Libros



CATALINA
SUÁREZ

Y

JORGE
SUÁREZ

PODÉIS
IR
EN PAZ

EL DESAFÍO DE
RECONCILIACIÓN
DE TODO UN PAÍS

 Planeta



© Catalina Suárez, Jorge Suárez, 2024
© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2024
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co
Primera edición (Colombia): abril de 2024
ISBN 13: 978-628-7715-16-5
ISBN 10: 628-7715-16-2
Impresión: xxxxxxxx xxxxxxx
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*A nuestras familias, que siempre han sostenido
nuestra mano de manera incondicional.
A quienes le apostaron y a quienes hoy le apuestan
a la paz, a quienes comprenden la necesidad
de romper etiquetas y, especialmente, a quienes
saben que amar es de valientes.*



*A este amor, que transformó nuestras vidas
y nos regaló alas.*

ÍNDICE

Introducción.....9

CATALINA
Una bebé muy deseada..... 13

JORGE
Un nacimiento en la selva 22

CATALINA
Comenzando a forjar mi camino..... 33

JORGE
Una decisión sin retorno..... 39

CATALINA
Con convicciones claras 53

JORGE	
La vida en las FARC.....	63
CATALINA	
Paz, sí, pero sin impunidad.....	89
JORGE	
Un nuevo comienzo.....	114
CATALINA Y JORGE	
Del odio al amor solo hay un sí.....	128
CATALINA Y JORGE	
Podéis ir en paz.....	154
Respeto en la diferencia.....	178
Reflexiones finales.....	188



Introducción

Eran las cinco de la mañana del 2 de octubre de 2016, día en el que se llevarían a cabo en Colombia las votaciones del plebiscito, con el cual el Gobierno nacional del entonces presidente Juan Manuel Santos, pretendía refrendar el Acuerdo de Paz que había firmado con las extintas FARC-EP, luego de un largo proceso de negociación.

Ella —Catalina Suárez, una joven activista que había recorrido el territorio nacional en la campaña por el NO al plebiscito, periodista y comunicadora social de la Universidad de la Sabana— se despertó expectante en el apartamento donde vivía con sus padres, al norte de Bogotá, y toda la familia se alistó temprano para ir a votar. La opción de todos era el NO, pues durante toda su vida habían vivido de cerca las consecuencias de la guerra en Colombia: amigos de la familia secuestrados, extorsiones a empresarios cercanos, amigos exiliados del país por amenazas, no poder viajar en familia por las carreteras del país por miedo a caer en manos de la guerrilla en una de sus famosas pescas milagrosas. Jamás habían sido indiferentes a las realidades del país, así que también lo hacían motivados por las víctimas de los cientos de atentados guerrilleros presentados en las noticias, los cientos

de policías y soldados secuestrados o por los niños que fallecían con cáncer esperando que liberaran a sus padres, entre otros. Estaban convencidos de votar por el NO porque, pese a que querían la paz, no estaban de acuerdo con que quienes le habían causado tanto dolor al país salieran impunes.

Él —Jorge Suárez, hijo del comandante guerrillero Mono Jojoy, con treinta y dos años de edad y diecisiete en la selva como miembro activo de las FARC— se despertó en un campamento guerrillero en medio de la montañas de Colombia con la ilusión de que el SÍ a la paz ganara en la contienda electoral, para poder rehacer su vida, esa que había dejado en pausa a sus quince años, luego de haber sido llevado por su papá a las filas de las FARC para protegerlo, tras recibir amenazas de muerte por parte de grupos paramilitares en su casa en Bogotá, donde vivía con una familia adoptiva a la cual su padre le había encomendado su crianza.

Al mediodía de ese 2 de octubre de 2016, ella almorzó con sus padres y su hermana en el restaurante Pesquera Jaramillo del parque de la 93, en Bogotá. En el almuerzo solo se habló de las elecciones y de la alta probabilidad de que ganara el SÍ, porque era la opción que todas las encuestas daban por vencedora. Luego del almuerzo, ella se dirigió a la casa de trabajo de Pacho Santos, exvicepresidente de la República y otro reconocido activista del NO, para ver allí los resultados con varios de sus amigos.

A cientos de kilómetros de allí, él almorzó “cancharinas” (masitas de hojaldre), arroz y carne frita, junto con los demás compañeros que habían llamado a preagrupamiento al campamento. Todos comentaban sobre el tema mientras veían

las noticias en el televisor que había en un aula construida con madera artesanal en medio de la selva tropical húmeda. Tenían la certeza de que el SÍ ganaría.

A las cuatro de la tarde se cerraron las mesas de votación en todo el país. Tanto en Bogotá como en las sabanas del Yari, en el Caquetá, había llovido bastante todo el día. Ambos estaban ávidos de conocer los resultados, que poco a poco fueron apareciendo en la pantalla del televisor que cada uno veía. Al comienzo del escrutinio el SÍ llevó una leve ventaja sobre el NO; sin embargo, al cabo de poco más de una hora el NO se dio como ganador.

Mientras ella celebraba en grande con sus amigos, en una fiesta en Bogotá, en medio de abrazos y lágrimas, al ver que el esfuerzo de meses en las calles había valido la pena y que la lucha contra la impunidad estaba dando frutos, él, en medio de las montañas, quedó completamente desconcertado, pues no entendía cómo era posible que hubiera ganado la opción de continuar la guerra, y asustado, puesto que el desenlace de lo que acababa de ocurrir era absolutamente imprevisible.

En medio de un país profundamente polarizado había ganado en las urnas el NO a la implementación del Acuerdo de paz, como un rechazo contundente a los actos terribles que por años las FARC habían ejecutado contra la población civil y como una forma de manifestar el desacuerdo con la impunidad. Simultáneamente, miles de jóvenes estudiantes, en distintas ciudades del país, se volcaban a las calles para manifestar su apoyo irrestricto a la paz, pues para ellos “era mejor una paz imperfecta que una guerra perfecta”. Todo

esto llevó a que se iniciara una renegociación del acuerdo original y el Acuerdo Final terminó firmándose el 24 de noviembre de 2016, en un evento en el Teatro Colón. Este acontecimiento dio inicio a la reincorporación de él a la sociedad como firmante de paz.

Cuatro años después de este momento icónico de la historia de Colombia, él y ella se conocieron en una fiesta y, sin saber nada del pasado del otro, se gustaron y comenzaron a salir. Poco a poco fueron develando sus historias e increíblemente, en medio de un respeto absoluto por la diferencia, se enamoraron y decidieron construir una vida juntos.

Esta es la historia de Catalina y Jorge, una historia en la que triunfó el amor a pesar de todas las adversidades y en la que el destino permitió que dos vidas tan opuestas se cruzaran en el camino y encontraran en su relación un proyecto de país para Colombia.

Una bebé muy deseada

Nací en Bogotá el 14 de junio de 1990, a las once y cuarenta y cinco de la noche, en un hogar de clase media conformado por Sandra y Rafael, dos jóvenes que se casaron a muy temprana edad. Mis padres vivían en una casa de tres niveles en Álamos Norte, mi padre tenía una empresa con sus hermanos en la que trabajó desde muy joven y mi madre estaba terminando sus estudios. Siempre han creído en el trabajo como la única manera de alcanzar los sueños y son algo conservadores. Nunca han militado en ningún partido político ni les ha interesado ayudar ni trabajar con ningún político, pues creen que solo se sale adelante con el esfuerzo propio.

A sus veinte y veintiséis años, respectivamente, salieron corriendo para la Clínica San Diego de Bogotá, en su carro antiguo Comando blanco, muy emocionados por mi inminente nacimiento. En la casa me esperaba una linda habitación que mi mamá tenía preparada hacía más de tres meses, pues desde antes de mi llegada a este mundo ya quería hacerme sentir lo importante que era para ellos. El parto fue complejo, mi mamá era muy delgada y yo fui una bebé muy grande. Dicen que desde muy pequeña pudieron ver mi personalidad, nací chupando dedo y cuando el médico me lo

sacó de la boca, me puse rojísima y empecé a llorar desesperada; ahí supo mi mamá que si algo tendría su hija, sería carácter. Esto lo heredé de ella, una mujer hermosa de Manizales, aguerrida, de esas que sin miedo va diciendo sus verdades. Mi padre, la ternura y nobleza en pasta, un hombre al que lo enamoran el trabajo y su hogar; confieso que se desvivía por mí y fue el responsable de que fuera consentida y caprichosa durante mi infancia. Mis abuelos de ambas familias también me llenaron de amor y me ayudaron a criar, ya que mis padres siempre trabajaron mucho para salir adelante. La que estuvo más presente fue mi abuela materna, Nelley, única como su nombre.

Pasaban los meses desde mi nacimiento y mi papá seguía trabajando con sus hermanos en la fábrica metalmecánica que tenían. A mis ocho meses, todos los días acompañaba a mis papás al Centro de Bogotá, a entregar productos de la fábrica; era el plan familiar. Poco a poco la fábrica fue creciendo y mis papás decidieron montar otro negocio: una cevichería que llamaron Catalina Del Mar, la cual abrieron con mucha ilusión. Desafortunadamente, este negocio nos trajo la peor pesadilla que hemos vivido como familia, como consecuencia de la inseguridad que siempre ha padecido Bogotá.

La cevichería estaba abierta hasta las once de la noche y una noche unos tipos entraron a robar e hirieron a mi papá con dos puñaladas. En el Hospital de Kennedy le salvaron la vida. Las enfermeras le decían a mi mamá que él nos debía amar mucho, porque estaba luchando muy fuerte para mantenerse vivo. Duró seis meses en cama, durante los cuales mi mamá me cuidaba, trabajaba, se encargaba de él y de los

oficios de la casa. Incluso, aprendió a hacer las curaciones, porque no podíamos pagar una enfermera en casa. Siempre la he visto como la “mujer maravilla”, cuando pienso en lo que tuvo que vivir, no entiendo cómo pudo con todo a sus veintiún años; ella me cuenta que en las madrugadas lloraba y oraba mucho. Económicamente, por supuesto, fue muy complejo. El negocio estaba arrancando cuando sucedió esto. Mi mamá tuvo que vender lo poco que tenían porque la salud de mi papá era más importante. Afortunadamente, la familia de mi padre jamás la desamparó, de la fábrica siempre recibimos apoyo, y la familia de mi madre nos ayudaba cuidándonos. En mi familia Dios siempre ha sido la prioridad y siempre nos ha cumplido. Una vez más Él escuchó las oraciones de mi madre y se hizo el milagro: después de debatirse entre la vida y la muerte, luego de casi un año mi padre estuvo completamente recuperado.

Entré al jardín y mis abuelos maternos siempre me llevaban, mi abuelita Nelley me cuidaba como su más grande tesoro. Mi madre comenzó a trabajar en finca raíz y la fábrica de mi padre con sus hermanos iba respondiendo a tanto esfuerzo. Con el tiempo, mi padre compró un apartamento en un conjunto residencial que tenía un parque, y allí transcurrieron mis primeros años. Empecé a estudiar en un colegio católico, La Enseñanza, porque era cerca de la fábrica, y mi papá me llevaba al colegio todos los días, para poder compartir conmigo esos momentos.

La Enseñanza fue también el colegio del que mi mamá se graduó, por eso para ellos era el mejor lugar para comenzar mi vida académica. En ese colegio recibí siempre los valores

que reforzaban la crianza de mi casa y académicamente era lo que mis papás esperaban. Mi paso por la primaria fue repleto de presentaciones, porque me encantaba participar en cuanta obra de teatro y bailes se hacían; sin duda, mis papás sabían que de pena yo no sufría. Mi madre todos los días me enviaba muy arreglada al colegio, con moños más grandes que mi cabeza. Curiosamente, fui una niña calmada y bastante miedosa, jamás me fracturé algo, salía intacta del colegio en las tardes cuando mi papá llegaba por mí, lo mío no eran los riesgos ni el desorden.

A mis cinco años recibí el que sería mi mejor regalo y mayor herencia, mi hermana Natalia. Mil veces le pedí a los ángeles y a Dios un hermanito y así se cumplió el primer deseo de mi vida. Natalia fue mi muñeca real, con ella descubrí que puedo ser un tigre cuando se trata de las personas que amo, mi hermanita para mí fue todo. Me encantaba jugar a vestirla, me quedaba horas mirándola y aprendí muy rápido a leer perfecto porque me gustaba sentarme al lado de la cuna a leerle por horas cuentos y más cuentos. También recuerdo que me disfrazaba y le daba conciertos, incluso le inventaba canciones. Cada noche, mi mamá me leía un cuento, después orábamos y me iba a dormir. En casa, en la mañana se escuchaban noticias y en la noche se veían en televisión los canales nacionales.

También desde muy pequeña entré a hacer parte de una banda de guerra infantil, y recuerdo a los cinco años salir por el barrio de mi abuelita con muchos niños siguiéndome porque yo era la jefe de la banda. Desde niña estaba en esa lógica de participar en todo, me gustaba estar siempre en el

show principal, lideraba hasta los bailes familiares de fin de año con mis primos; a pesar de que había varios mayores, yo siempre organizaba las coreografías. Tenía especial afinidad con mi primo Alejo, que me lleva tres años, y que ha sido el hermano mayor que no tuve, siempre inseparables.

Mi papá y su fábrica habían avanzado mucho, pero en el gobierno de Ernesto Samper la economía se empezó a frenar. Mis padres, que no solían estar muy pendientes de los temas políticos, se quejaban todo el tiempo del presidente. Recuerdo verlos preocupados porque los negocios que dependían de la construcción estaban cada vez más afectados; en las comidas, los silencios empezaban a agudizarse. Como veía a mis papás tristes, decidí por dos semanas prepararles eventos de teatro en casa todas las noches para aliviar sus corazones: me aprendía cuentos y poemas y me inventaba bailes.

En el 98, último año de gobierno de Ernesto Samper, a la fábrica familiar empezó a irle muy mal. La crisis era evidente, el sector de la construcción se fue en picada y recuerdo que mi papá decía que los constructores ya no estaban pagando en efectivo todo lo que mandaban a producir, sino con apartamentos o carros; se sentía la ausencia de flujo económico. Yo tenía ocho años en ese momento y, aunque no entendía el contexto político, me dolía mucho ver a mis papás tan preocupados; recuerdo una vez que, abrazando a mi mamá, mi papá le dijo con lágrimas en los ojos: “Es como si todo el esfuerzo que hemos hecho se hubiera perdido, la empresa retrocedió diez años”. La situación los obligó a vender las bodegas ubicadas en Engativá y volver a empezar en otra mucho más pequeña.

Entre los muchos cambios que llegaron para mi hermana Nati y para mí fue el de colegio. La Enseñanza tenía tres sedes, con diferentes costos, así que nos trasladaron a la más económica que quedaba en Engativá. El primer día que mi papá nos llevó estaba muy triste por nosotras, el colegio era todo en cemento, sin zonas verdes. Mi mamá todas las tardes me preguntaba cómo me sentía y siempre le decía que me gustaba más el nuevo colegio que el campestre, cosa que no era cierto; tampoco les decía que “me la montaban”. Recuerdo que desde la rectora (creo que se llamaba María Helena) me hacían sentir mal todo el tiempo por venir del colegio de “los ricos” y a veces mis compañeras me escondían la lonchera. Me daba mucha rabia, pero no daba quejas ni lloraba en el colegio porque no me gustaba que los demás me vieran mal. Mi mamá siempre decía que éramos fuertes y que podíamos defendernos, pero que cuidáramos nuestras lágrimas y corazón, ya que otros podían usar nuestro dolor en contra; una enseñanza que me marcó para toda la vida. Efectivamente, mis días no fueron fáciles, todos de algún modo estábamos empezando de ceros. Muchas veces me sentía mal por tener más que mis compañeras de colegio o por ser la que vivía en otro barrio o la que tenía otras posibilidades, luego entendí que mis papás se esforzaban mucho no solo para que estuviéramos bien, sino para siempre volver a levantarse de cada caída, porque eso sí, orgullosamente siempre los vi levantarse con más fuerza.

En agosto de 1998 Andrés Pastrana llegó al poder, mis papás habían votado por él, pero ni militaban ni le creían del todo; en mi casa pensaban, sobre todo mi mamá, que los

políticos poco y nada iban a cambiar el país para mejor. La fábrica lentamente se fue recuperando, tanto esfuerzo de mi papá y sus hermanos de nuevo comenzó a dar frutos. En las vacaciones del 99 volvimos a viajar, de las cosas que más disfrutábamos era visitar el mar en familia. Desde que tengo memoria, mis papás me han parecido como una pareja de novios, se les ve la 'traga', como si recién estuvieran juntos. El vallenato siempre acompañaba nuestros paseos en la playa, y mis papás de repente se paraban a bailar; de ahí mi amor infinito por el vallenato y por el baile.

Durante el gobierno de Pastrana empecé a escuchar sobre la guerrilla, algo que sonaba peor que cualquier historia de terror que hubiera oído en mi vida. Para el 2000 ya tenía diez años, y no me pregunten por qué, pero amaba sentarme con mi abuelo a ver noticias, en las que se empezaba a evidenciar la crudeza de la guerra. Así comencé a catalogar a las personas entre buenas y malas, de acuerdo con lo que veía. En mis recuerdos se hablaba mucho de las FARC y del ELN y, en una proporción mucho menor, de los paramilitares. En las noticias ya empezaban a mencionar el tema de los diálogos y en mi casa solo se decía que le estaban regalando el país a las FARC.

Mis días transcurrían entre cursos y clases de todo: al salir de colegio, dos veces por semana me llevaban a cursos de matemáticas en Kumon, una técnica que estaba llegando a Colombia; también estaba en cursos de teatro, baile e inglés. Era básicamente la niña orquesta y llegaba en las tardes, tipo seis de la tarde, a mi momento feliz, que era jugar con mi hermanita y esperar a mis papás, porque, eso sí, siempre se

comía en familia. Mis papás continuaban guerreándola muy duro para salir adelante y siempre tenían historias de las que sacaban lecciones para todos, la comunicación en casa era lo más importante. A veces acompañaba a mi papá a la fábrica los sábados, pues le gustaba llevarnos para que aprendiéramos la importancia del trabajo. Allí yo contestaba el teléfono y ayudaba a hacer los papelitos de las notas, “trabajaba” medio día y después nos íbamos a encontrar con mi mamá y mi hermanita.

Mi personalidad no era fácil, era muy celosa con mi papá, no me gustaba que ninguna mujer se le acercara y cuando algo no me gustaba no disimulaba, era indiscreta y tenía comentarios que podían rayar en la malcriadez. Mis castigos duraban poco, pues la disciplina que intentaba imponer mi mamá se quebraba con facilidad porque éramos la debilidad de mi papá. Cuando iba a casa de algunas amigas y me tocaba jugar ‘a la cocinita’ o a que éramos mamás de los muñecos, me aburría porque prefería jugar a la profesora o ‘a la oficina’, amaba jugar a ser una mujer trabajadora como mi mamá; de hecho, cuando no se daba cuenta, me ponía su ropa, cogía su maquillaje y soñaba con llegar a ser como ella.

En 2002, Álvaro Uribe llegó a la presidencia y en mi casa el sentimiento político cambió. Era la primera vez que a mis papás un político no solo les gustaba, sino que lo admiraban profundamente, y yo comencé a heredar esa admiración. En ese momento, ya estaba en otro colegio —del que debo decir que no tengo los mejores recuerdos—, era de monjas y jamás me adapté. Por más que mis papás intentaran, solo lo odiaba; recuerdo a un profesor de física que cuando estaba

en séptimo siempre me hacía preguntas terribles delante de todo el curso para hacerme quedar como la que no sabía nada. La presión académica era muy fuerte y mis profesores me hacían sentir que no tenía talento, duré cuatro años que para mí fueron una eternidad. Sentía que era la peor del salón y comencé a pasar de ser una niña que confiaba en ella misma, a una que creía que era mala en todo. Al final perdí décimo, mis papás lloraron, pero en lugar de castigarme me cambiaron nuevamente al colegio que quería, me regalaron un viaje a Punta Cana para celebrar mis quince años y luego regresé a donde siempre pertencí: La Enseñanza. Este fue el colegio que me prepararía para mucho, llegué en el momento correcto.



Un nacimiento en la selva

Mi nombre es Jorge Ernesto Suárez, nací en un campamento de las FARC, en las selvas del Caquetá de la Amazonía colombiana, el 14 de junio de 1984. Nací el mismo día que el ‘Che’ Guevara, el conocido guerrillero argentino elevado a héroe de la Revolución cubana décadas atrás, por lo que mi padre decidió que en adelante me llamaría Jorge, como él, y como segundo nombre llevaría el de Ernesto, por el Che. Una alegría con compensación ideológica, podría decirse. Qué coincidencia, como muchas de las que me han pasado a lo largo de mi vida.

Mi padre era Víctor Julio Suárez, también conocido como ‘Jorge Briceño Suárez’ o ‘Mono Jojoy’, uno de los principales comandantes de las FARC; mi madre, una guerrillera que había llegado años atrás a la zona baja del Caguán, en el Caquetá. Nací en una zona muy húmeda a orillas del río Caguán, en la vereda Monserrate, localizada cerca de una finca que tenía un rancho viejo que daba hacia la montaña donde quedaba el campamento guerrillero. Fui un bebé muy grande. El día de mi nacimiento, mi padre estuvo muy pendiente y fui recibido con una gran fiesta, según lo que él mismo me contó. Era la época en la que se llevaban a cabo

los diálogos en la Uribe, en el gobierno del presidente Belisario Betancur.

El poblado de Remolinos del Caguán era apenas un case-
río en medio de un paraje selvático de casas y mediaguas de
madera, construidas por los primeros pobladores. Una cua-
dra de pequeños ranchos que servían de alojamiento para
los colonos contratados en las ciudades y pueblos del Tolima,
Cauca y Caquetá, atraídos por el incipiente cultivo de la hoja
de coca que ya comenzaba a despuntar en el sur de Colombia,
alimentado por el negocio del narcotráfico que por esos días
crecía, en medio de una bonanza subterránea, especialmente
de ciudades como Cali y Medellín donde se abría paso en la
economía colombiana.

Hasta allí solo se llegaba por el río Caguán, en lanchas y
pequeños bongos de madera conducidos por baquianos de
la zona y luego caminando por la selva hasta Remolinos y los
otros caseríos construidos en las riberas de esa arteria fluvial,
que en los años siguientes se convertiría en una protagonista
de la otra historia: la de la *Colombia profunda*. Poblaciones
de comerciantes y campesinos que se surtían de los bastimen-
tos y las materias primas que se canjeaban por los productos
de la región: la yuca y el plátano.

En aquel momento, mi padre, el Mono Jojoy, no era el
poderoso guerrillero que llegó a tener miles de hombres
bajo su mando y a ser el objeto de los grandes titulares de
prensa nacional e internacional. El apodo 'Jojoy', que a todos
llama tanto la atención, salió de un gusano de seda blan-
quito que vive entre las palmas y que los campesinos cono-
cen como Mojojoy. Jacobo Arenas, comandante histórico y

uno los fundadores de las FARC, terminó relacionando al gusano con ese joven blanco de 1,79 m de estatura y de pelo mono, por lo que lo bautizó con el nombre de ‘Mono Jojoy’.

Mi padre tenía su propia historia. Desde muy joven había sido testigo de las luchas campesinas en su lugar de nacimiento, en la región del Sumapaz: de innumerables actos de resistencia, de abusos estatales, de solidaridades y luchas campesinas, de formaciones políticas y guerrilleras, y de innumerables situaciones que, sin duda, influyeron en su proceso formativo. Jorge Briceño no nació siendo guerrillero. Él también fue un niño y un joven que tuvo que vivir circunstancias muy particulares para llegar a ser quien fue y tomar los caminos que decidió tomar.

En todo caso, sería precisamente en la región del Sumapaz, con su rica tradición de resistencia y organización campesina, donde desarrollaría y consolidaría sus posiciones políticas e ideológicas y donde se inspiraría para tomar sus decisiones. Igualmente, ese sería también el lugar donde desarrolló muchas de sus redes de afecto y solidaridad, donde tendría a sus familiares, construiría amistades y entablaría relación con sus conocidos. Allí mi padre conoció a mi abuelo adoptivo, un mítico defensor agrario y promotor de grandes luchas y resistencias campesinas no solo en la región del Sumapaz, sino en todo el territorio nacional.

Mis primeros meses fueron en medio de la selva tropical húmeda amazónica, donde los mosquitos me picaron tanto que se me generó una alergia en la cabeza por la cual me enfermé con fiebres altas. Debido a esto, mi padre tomó la decisión de llevarme a Bogotá para que me trataran la

enfermedad. Tenía siete meses cuando mi padre decidió dejarme en adopción con una familia de ideas de izquierda, en la ciudad de Bogotá. Los recuerdos que tengo de mi infancia son tal vez de los más lindos de mi vida.

Sobre mi abuelo adoptivo hay muchos escritos, como una forma de homenajear y de reconocer la importancia histórica de muchas luchas campesinas de las cuales él fue representante. Fue un consagrado líder agrario que dedicó su vida a los temas de acceso a la tierra y a la defensa del campesinado colombiano, tanto desde la organización social como desde las posibilidades que permitía la democracia del país; un prolífico líder agrario cuya influencia fue, sin duda, ejemplo vital y fundamental en mi vida.

Junto a él estuvo siempre mi abuela adoptiva, también protagonista de luchas significativas. Desde muy pequeños, ambos fueron testigos directos de la resistencia campesina del Sumapaz, en los municipios de Pandi, Pasca, Fusagasugá y San Bernardo, entre otros. Allí mismo se involucraron, al igual que miles de personas, con la lucha por la tierra. De hecho, la abuela me cuenta cómo en su infancia, y desde su familia, los apoyos a las luchas de los fundadores de la Colonia Agrícola del Sumapaz eran constantes, al punto de que la presencia de líderes del calibre de Juan de la Cruz Varela o Erasmo Valencia era parte del paisaje familiar. Quizás por eso no resulta extraño que, años más tarde, luego de formarse para la enseñanza escolar, la abuela encabezara la dirección de la primera escuela veredal en el municipio de Pasca, convirtiéndola en parte activa y fundamental de la vida comunal y de la organización campesina.

Bajo todas estas circunstancias, es apenas entendible que esta hermosa pareja de luchadores y líderes sociales consagrarán sus esfuerzos en proyectos de transformación social y de defensa popular. Así lo dejarían consignado en la historia nacional el abuelo, por su importantísimo papel en la fundación de organismos como la Federación Nacional Sindical Unitaria Agropecuaria (Fensuagro), y la abuela, que jugó un importantísimo papel en la lucha sindical de los maestros y los sectores educativos, en la configuración del sindicato de maestros de Cundinamarca, que años más tarde desembocaría en la creación de la Federación Colombiana de Trabajadores de la Educación (Fecode).

¡Mis abuelos son seres de otro mundo! Siento por ellos un amor inmenso y una profunda gratitud por todos los valores que me inculcaron y por, ahora que entiendo muchas realidades y dinámicas de la vida misma, haberme recibido en su hogar, sabiendo todos los riesgos de seguridad que esto les representaba.

Recuerdo los tiempos en los que viajábamos con la abuela a un jardín infantil en Sibaté, Cundinamarca, donde ella trabajaba como profesora. Fue entre 1988 y 1989, cuando yo estaba en prekínder y kínder, respectivamente. Un día, disfrazado de Superman, me creí el cuento del superhéroe volador y salté del pedestal donde izaban la bandera. Los superpoderes no aparecieron y me fracturé la muñeca de la mano derecha, el dolor fue terrible y mi abuela tuvo que llevarme de urgencias a un hospital infantil de Bogotá.

Recuerdo otro día, a inicios de la década de los noventa, que me llevaron a visitar a mi padre a las montañas colombianas

de la cordillera Oriental. Tengo en mi memoria que durante el viaje cambiamos varias veces de transporte hasta llegar a nuestro destino; mi abuela ya me había dicho quién era mi padre. Apenas llegamos y él nos vio salió corriendo a saludarme, pero yo lo esquivé y le dije: “¡Policía, no!”. Estaba muy niño y no entendía el contexto, así que mi padre se cambió y ahí sí, vestido de civil, nos abrazamos profundamente. Es la primera vez que recuerdo haber visto a mi padre. La visita duró poco más de un día, debido a los intensos operativos militares que había en la zona, pues eran los tiempos de la Asamblea Nacional Constituyente. El momento de la despedida fue muy nostálgico: mi padre lloró mientras me abrazaba alzado, nos despedimos y luego nos fuimos perdiendo en la distancia de la mirada en medio del horizonte.

La primaria la realicé en el Colegio Claretiano de Bosa, en el primer lustro de los noventa. Recuerdo que la ruta me recogía a las cinco y veinte de la mañana, luego de haber desayunado como casi siempre huevos, pan y chocolate, preparados por mi abuela. Como era gordito, durante las dietas que ordenaba el médico, el desayuno variaba por avena en hojuelas; eran días eternos en los que añoraba el delicioso desayuno de la abuela.

Me demoraba un montón de tiempo en la ducha, bajo el agua caliente, hasta que escuchaba “¡Jorgitoooooooo, se nos hizo tardeeee!”; entonces salía corriendo a ponerme el uniforme y terminarme de arreglar. Durante el recorrido de la ruta, los niños con los que compartía puesto me preguntaban qué hacía mi padre, y yo les decía que era abogado; desde ese entonces ya tenía claro que no podía decirle a nadie fuera

de la casa que mi padre era el Mono Jojoy, ni mucho menos que era guerrillero. No es normal que un niño de seis años tuviera que llevar dos vidas paralelas: una en su casa y otra al cruzar el umbral de la puerta.

En 1991, a mis siete años, ya cursaba segundo de primaria y empezaba a entender quién era mi padre, que existía la guerrilla, pero también que para sobrevivir no podía contarle a nadie sobre él. Recuerdo una noche en la que golpearon a la puerta de la casa donde vivíamos, y nos informaron que debíamos movernos inmediatamente porque había posibilidad de que hubiera un allanamiento y me llevaran. ¿A dónde me querían llevar? No sabría decirles, pero lo que sí es claro, es que no tenían buenas intenciones conmigo. Así que salimos con la abuela rápidamente para la casa de unos conocidos de ella donde pasamos la noche y al otro día no pude ir a estudiar. Durante la noche no paré de preguntarme: *¿Por qué estoy durmiendo en otra casa? ¿Por qué tuvimos que salir tan de repente?* Las respuestas a esas preguntas solo pude obtenerlas con el paso del tiempo, ese que deja una implacable huella de los primeros años de la infancia en nuestro efímero paso por la vida.

Esa no fue la única vez que nos movimos inesperadamente de casa. Recuerdo muchos episodios durante mi niñez en los que alguien llegaba, les informaba a mis familiares que yo estaba en peligro e inmediatamente me movían de una casa a otra. Yo no lograba entender qué pasaba, solo sabía —por la cara de los adultos— que estaban preocupados, y duraba en esas otras casas hasta cinco días.

En ese mismo año 1991 fui con los abuelos por primera vez al mar. Viajamos en una aerolínea que se llamaba Sam, era también mi primer viaje en avión. Luego de una hora de vuelo aterrizamos en Santa Marta. Los abuelos me habían dicho que íbamos “al mar”, pero nunca me imaginé que “el mar” fuera esa enorme sombra azul que se pierde en la lejanía del horizonte. Llegamos a la casa de los amigos del abuelo donde nos íbamos a quedar y salimos a la playa. Ahí jugué con la arena, me metí al agua y vimos un hermoso atardecer color naranja, de esos de postal que nos regala el Caribe colombiano. Me cuentan los abuelos que esa noche me levanté sonámbulo y me salí de la casa, afortunadamente los abuelos se dieron cuenta inmediatamente y me entraron, ¡siempre estaban muy pendientes de mí! pues los temas de seguridad empezaban a complicarse, en medio de una Colombia en la que la guerra se recrudecía cada vez más.

A mis ocho años, mi familia adoptiva empezó a llevarme a cursos de música en el barrio La Candelaria, de Bogotá, a un instituto de música ruso. Que llegara el sábado era una alegría muy grande para mí. Empecé a tocar flauta dulce en los primeros niveles de música, así que por las tardes, cuando llegaba del colegio y me ponía a tocar hasta la noche, había un punto en el que la abuela siempre decía: “¡Jorgitooooo, ya puedes guardarrrr la flautaaaaa!”. Al poco tiempo de comenzar las clases aprendí a tocar la canción “La piragua”, que hace alusión a las grandes embarcaciones que navegaron por el río Magdalena, sin saberme siquiera la letra.

En esos inicios de los noventa, en las propagandas de televisión en medio de las telenovelas que veíamos, como *Azúcar*,

salía una que decía: “También caerán”, y en ella iban apareciendo imágenes de los máximos jefes de las FARC, uno a uno, con un precio por su cabeza. Como era de esperarse, allí mencionaban a mi padre. Recuerdo que la primera vez que lo vi, les pregunté inmediatamente a mis abuelos si ese que había aparecido era mi papá —pues ellos siempre me habían dicho que mi padre era el Mono Jojoy—, y ellos me lo confirmaron. En ese momento yo no podía entender cuáles eran las dinámicas del conflicto en Colombia, ni siquiera sabía qué era el Ejército, quiénes eran el Estado y quiénes, la guerrilla. Sin embargo, el mensaje me impactó tanto, que yo mismo decidí que jamás podría compartir mi secreto con nadie.

Cuando estaba en quinto de primaria no dudé en llenar el álbum Panini del Mundial del 94, me entusiasmaba mucho buscar las láminas de los futbolistas de la época, que eran inspiración para muchos niños colombianos. Yo había llenado ese álbum con mucha ilusión y lo guardaba como un tesoro; cuando a mediados de 1994 me llevaron a visitar a mi padre, no dudé en llevárselo. De ese viaje recuerdo algo muy curioso y es que ya entendía un poco mejor el contexto de la vida que estaba llevando, por lo que no podía contar en el colegio a donde me había ido de vacaciones. Para llegar donde estaba mi padre, en medio de la selva amazónica, tuvimos que navegar un día entero con su noche por un río. Yo me sentía como en *George de la selva*, película que por la época estaba de moda; otra coincidencia de la vida, pues yo soy Jorge y nací en la selva. Apenas llegamos al campamento, me pusieron unas botas de caucho para poder andar en medio de la selva y no mojarme los pies. Aunque me queda-

ban un poco grandes, me sentía todo un *boy scout*. Cuando nos vimos, nos abrazamos profundamente y lo primero que le pregunté fue si quería jugar Batalla Naval, un juego de mesa que yo había llevado desde Bogotá. Él, sin dudarle un momento, me dijo que sí.

Una lluviosa y lúgubre tarde de agosto de 1994 —como si el clima presagara lo que ocurriría—, estábamos con la abuela en el Centro de Bogotá viendo un apartamento al que ella quería mudarse. Corrían los tiempos del genocidio de la Unión Patriótica y de repente noté una tristeza profunda en su rostro y cómo su mirada se perdía en la ventana mojada del apartamento. “¿Por qué estás triste, abuelita?”, le pregunté, y entre sollozos me respondió: “¡Jorgito!, mataron a Manuel Cepeda”, senador de la Unión Patriótica que había sido un gran amigo y ejemplo para ella. Mi vida siempre estuvo atravesada por sucesos similares que me marcaron para siempre.

Nana, mi mamá adoptiva, es hija de sangre de mis abuelos y siempre vivimos todos juntos. Ella es una mujer de un corazón enorme y de unos valores muy altos. Recuerdo cuando ella me llevó por primera vez a cine, al Embajador, un teatro que queda en la calle 24, cerca de la séptima, en Bogotá. Cómo olvidar el estribillo que todos los niños de mi generación se saben: “*Hakuna matata* es mi forma de ser. *Hakuna matata*, nada que perder”. Sí, fuimos a ver *El rey león*, un sábado de finales de 1994. Me comí un tarro completo de crispetas que Nana me compró y, aunque salí con dolor de estómago, disfruté muchísimo la película del rey de la selva, sin imaginarme que seis años después ese sería mi hábitat también.

En ese mismo año 1994, tras terminar la primaria en el Colegio Claretiano de Bosa, viajamos de nuevo en diciembre a visitar a mi padre. Fue la primera Navidad que compartí con él, en medio de la selva. Recuerdo que en ese viaje le dije que quería un perro, él me dijo que sí, pero cuando nos fuimos a despedir la abuela dijo que el perrito mejor no, entonces mi padre, sin vacilar, dijo que lo que la abuela decidiera sería lo mejor. Finalmente, no hubo perro para Jorgito.

Así transcurrió mi infancia: con dos vidas paralelas. Por un lado, la de un niño que iba creciendo en medio del profundo amor y cariño de su familia adoptiva, con una infancia llena de momentos de alegría y felicidad; un niño lleno de sueños, ilusiones y esperanza. Y por el otro, la del hijo oculto de uno de los máximos comandantes de las FARC, objeto de múltiples amenazas por las que experimentó momentos de angustia, un niño que poco a poco empezaba a entender mejor la realidad del país en el que vivía, donde la guerra iba dejando una huella cada vez más profunda.

Comenzando a forjar mi camino

Dicen que cuando se cierra una puerta se abre una ventana, y en este caso se me abrió todo un ventanal. Llegué al colegio que me gustaba, mis papás sabían que estaba en mi adolescencia, cuando forjaría mucho de la adulta que sería y, como decía mi mamá, sembraría muchos sueños. Entrar a décimo en un colegio es muy difícil; sin embargo, para nuestra sorpresa, la rectora —una monja española que sembró demasiado en mí— también había sido rectora durante el periodo en el que mi mamá estuvo en el colegio. Cuando, con lágrimas en los ojos, ella le contó todo lo que me había pasado, la rectora, sin titubear, nos dijo: “Catalina tiene que ser feliz y recuperar la confianza en sí misma”. Acto seguido se volteó, me abrazó y exclamó: “Bienvenida”.

Hasta ese momento solo conservaba una amiga, Angie, hija de unos amigos de mis papás con la que crecí. Éramos inseparables a pesar de estar en diferentes colegios. Pero este nuevo colegio me regaló a otras de mis grandes amigas: Lau, Maka y Titi. Comencé a tener muchos amigos y amigas, mis papás jamás fueron celosos y confiaban mucho en



Planeta de Libros

¿Te gusta leer?

Únete a nuestras
comunidades de lectores
en redes sociales:



@planetadelibrosco



Planeta de Libros Colombia



@planetadelibrosco



@PlanetadeLibrosCo

Conoce más libros haciendo clic en:

planetadelibros.com.co



Grupo  Planeta

Creemos en los libros